

LAS FÁBULAS DE FILOMENO



JUAN ANTONIO VALERO

ILUSTRACIONES DE NICOLÁS A. URQUIZA

ÍNDICE

1. *El flautista de las ranas.*
2. *El milagro del caballero Despistado.*
3. *El secreto del ciprés mágico.*
4. *La isla de la honradez.*
5. *La maldición de las estatuas.*
6. *Fray Sandalio y el rey Serapio.*
7. *El hechizo del fresno.*
8. *El tesoro de la amistad.*

PROEMIO

Las fábulas de Filomeno intentarán sumergir a sus lectores en el mundo mágico de la naturaleza, la geografía y la historia. Atravesando lugares increíbles veremos cómo nuestro gran amigo Filomeno descubre lo mejor y lo peor del ser humano.

Viviremos apasionantes aventuras explorando su bonito pueblo donde siempre encuentra algún rincón en el que merezca la pena pasar el tiempo y parar el reloj, disfrutando del paisaje, del sol, del viento, de las flores, del sonido y de los seres que nos acompañan cálidamente.

El mundo de Filomeno invitará a todos los niños y niñas a soñar despiertos, sonreír juntos y aprender enseñanzas para ser mejores personas cada día.

La naturaleza será el escenario donde aprendamos miles de cosas, y donde entendamos que, cada día, si observamos a nuestro alrededor, obtendremos verdaderas lecciones para mejorar y hacer de nuestro planeta un mundo mejor.

Las enseñanzas que intenta regalarnos Filomeno servirán para darnos cuenta de que otro mundo es posible si abrimos un poco más el corazón, y que, en vez de pensar tanto de forma egoísta, con pocas cosas también se puede ser feliz.

FILOMENO



Filomeno es un niño de diez años apasionado por la lectura y entusiasmado con ser un navegante importante, influenciado por las historias narradas por su padre, Amadeo, marinero que por épocas se sube a algún barco en busca de tesoros.

En la zona oeste, cerca del río, en una pequeña casa, vive nuestro personaje junto a su padre y su madre, Enrico, que pasa la vida entre la calle del Trigo y la cocina.

Es una casita con un bonito balcón y dos ventanas con alféizar donde, en la más baja de ellas, cada mañana Teodoro el señor regente de la tienda de jarabes, rellena de leche con canela la vasija de cerámica que Filomeno desayuna.

Quizás es demasiado ordenado, tanto que a veces no aparenta ser un niño; siempre sabe dónde están sus cosas, por ello, con tono jocoso, Amadeo comenta a menudo: “Serás un buen capitán, un magnífico explorador, sin duda. Jamás perderás el norte”.

Cada mañana, espera desde su puerta a que un mirlo haga acto de presencia en el balcón del vecino de enfrente. Es un mirlo “amigo”, le sirve de reloj. Justo en ese momento, camina hacia el colegio y, en mitad del camino, parada obligatoria en la fuente de la plaza donde coincide con su compañero Julián, hijo de Teodoro el de los jarabes; así, andando entre risas y conversaciones, llegan a la escuela, donde entre golpes cariñosos en los cogotes son recibidos por Don Gregorio, el maestro del pueblo.

Filomeno es un gran alumno, buen pensador y mejor observador. Se sienta en el último pupitre, porque dice que desde allí ve más y mejor, cerca de su amigo Julián, al que suele proteger en los recreos, por despertar atracciones fatales por sus matrículas de honor en cálculo.

En la escuela es feliz Filomeno; puede estar cerca de los libros, que son “sus amigos”, puede escuchar a Don Gregorio, al que respeta y admira, y sobre todo puede aprender, aspecto éste que le ocupa tanto como si de un alumno adulto se tratase.

No es difícil encontrar a Filomeno conversando con el maestro sobre cuestiones geográficas e históricas; a veces, los demás niños, excepto Julián, los miran con extrañeza y entre murmullos.

Tiene escasamente diez años y aún conserva el cabello rubio, al cual le acompaña una inesperada piel morena, ojos marrones y mirada muy penetrante. Se trata de un niño tremendamente observador, capta con gran habilidad lo que debe hacer en cada momento y, sobre todo, a pesar de su decena de años tiene sus ilusiones muy claras, ser explorador, conocer qué hay más allá del horizonte, descubrir las curvas del planeta como si tocara la piel de una naranja.

A pesar de ser una pequeña persona respecto a la edad, sabe que puede aprender rápidamente mediante dos caminos: la lectura y la observación.

La lectura es una pasión para Filomeno, porque aunque se divierte en la

calle como los demás niños, Filomeno es distinto: cada tarde viaja con su mente y su alma, explorando lugares que solo están en los libros, pasando aventuras que hacen de nuestro amigo un niño con una imaginación fuera de lo común.

Es en el sótano de la casa donde, entre telas de arañas, se vislumbra una pequeña puerta de madera que conduce a la biblioteca donde Filomeno se sumerge en las aventuras, y sigue y seguirá siendo un lugar en el que nada cambia; cada libro permanece en la misma posición años después de la desaparición del abuelo al otro mundo, como narran sus padres cuando pregunta por él. Y allí, entre sus libros, sus estanterías y su sillón, es ahora su nieto quien mantiene la magia de aquellas miles de páginas donde viven caballeros, piratas, marineros, capitanes y reyes.

Se acumula el polvo en las pastas de los libros y las arañas amplían sus “ciudades” entre los muebles, pero así Filomeno cree que permanece el alma de su abuelo, al cual nunca conoció pero que, de alguna forma, así lo visita cada tarde de lectura; entre carreteras de polvo aún se puede observar alguna huella de las manos del abuelo, que Filomeno observa diariamente con cariño.

Observar no es lo mismo que mirar, y es Filomeno un niño que mira observando cada detalle, por eso a menudo acude al puerto, que es el lugar preferido de nuestro joven amigo.

Paseando con armonía y oliendo a mar, se acerca desde su calle al puerto, al sur, y allí, en un extremo, el faro; en el centro, el muelle; y al oeste, unas palmeras que, según cuentan, son los seres vivos más viejos del lugar, que dan sombra a una roca redonda erosionada por el viento de cientos o miles de años, donde Filomeno se sienta a observar. Así es su lugar favorito, donde consigue viajar mirando al horizonte, perdiendo la vista hacia el oeste, imaginando lo que habrá allá más lejos, donde no alcanza la vista pero sí la imaginación. Curiosamente, es un lugar tan respetado por los demás niños que nunca jamás otro niño se sentó en la roca redonda sin la presencia de él.

Es en la piedra redonda del puerto donde con facilidad se encuentra nuestro amigo, pasa horas y horas, a veces con Julián, a veces con algún libro, y otras convirtiéndose en amigo de las conversaciones que por el lugar acaecen, observando, cómo no, quién llega o quién se va.

Vive en el seno de una humilde familia, honorable y respetada, con su padre, Amadeo, y su madre, Enrica. El primero es un explorador de temporada y la segunda una gentil mujer que se gana la vida cosiendo para los huéspedes de la posada de Los cuatro vientos.

Algún tiempo se ausenta su padre, en busca de algún tesoro, en la mar oceánica, junto a alguna tripulación valiente, previo paso por el pueblo, y es cuando nuestro amigo pasa más horas leyendo y conociendo aventuras.

UN PEQUEÑO Y GRAN PUEBLO



En un pequeño y gran pueblo perdido en mitad de un océano cuyo nombre no recuerdo vivía un niño muy especial llamado Filomeno.

Era un lugar tan remoto que solo lo visitaban intrépidos navegantes que exploraban y cruzaban los mares desobedeciendo a la razón humana y a las leyes de los teóricos, aunque no por lejano era menos hermoso. Al sur, su precioso puerto con un faro centenario que cuidaba el viejo Bonifacio; al norte, altas montañas siempre verdes y húmedas; por donde amanece y por donde anochece, dos pequeños ríos, de nombres Este y Oeste.

El pueblecito tenía ocho calles por las cuales sus doscientos habitantes paseaban y respiraban armonía y tranquilidad. Sus casas eran de piedra y los balcones de madera, de los que colgaban plantas con flores rojas y blancas.

Allí se encontraban lugares emblemáticos, como la Plaza de los Marineros, con su estratégica fuente, siempre frecuentada por los más ancianos y sabios del lugar; la iglesia, de origen románico, donde acudían las expediciones de navegantes a santiguarse y pedir calma al mar y fuerza al viento; la calle del Trigo, lugar en el que se mercadeaba con todo lo comerciable; la tienda de jarabes, que vendía cosas que todo lo curaban; la taberna El católico, por la que corrían “ríos de vino”; e innumerables senderos sobre las laderas de las montañas.

El enclave más importante del pequeño pueblo era su puerto. Siempre tenía movimiento porque allí llegaban desde los confines del planeta barcos y más barcos en busca de fortunas, de riquezas y con hambre de nuevos mundos que explorar. Era en el pueblo de Filomeno donde navegantes, almirantes y grandes capitanes repostaban agua, energías, vino y cómo no, rogaban en sus templos.

Así, aquel lugar mantenía su vida gracias a las embarcaciones que encontraban entre olas y sal tierra a la vista. Entre amaneceres de niebla, mañanas chismosas, tardes de paseo, veranos calurosos, inviernos pasados por agua y sonoros ríos, se desarrollaba la vida, donde un original niño vivía y pasaba aventuras.

1
*EL FLAUTISTA DE LAS
RANAS*



El verano acababa de finalizar según el calendario, y estaba el pueblo de Filomeno entre el final de la calurosa estación y el inicio del otoño. Las hojas caídas coloreaban ya el suelo y algunas lluvias anunciaron el cambio de estación.

Aquella mañana de inicio de otoño, Filomeno se asomó por el alféizar de su ventana y observó cómo la calle se había teñido de hojas marrones y cómo el viento azotaba las paredes de las casas del pueblo. Fue una sensación tan bonita la que sintió que extendió sus brazos desde allí asomado y saludó de forma alegre y efusiva al otoño:

— ¡Bienvenido, otoño!

Después de desayunar su gran vaso de leche con canela removida con su especial cuchara de madera, salió a pasear aquella mañana de sábado, como de costumbre, por el bonito pueblo.

La noche anterior había llovido, y fue encontrando varios charcos mientras caminaba. Estos agujeros con agua divertían mucho a nuestro amigo y solía observar cómo en cuestión de minutos cobraban vida cuando se acercaban pajaritos a bañarse y otros insectos a beber o vivir.

Tardó en llegar a la Plaza de los Marineros. Iba sin prisa, disfrutando de cada charco y de la presencia de algún animalito que recibía a Filomeno con una sonrisa de bienvenida. Al llegar a la plaza sintió sed y se dirigió a la fuente, a la bonita fuente que está en el centro del lugar, y al agacharse para tomar agua fresca el sonido de las campanas de la iglesia anunciaron las doce de la mañana al mismo tiempo que dieron un susto al zagal que, entre risas por el inesperado repicar de campanas, volvió a agacharse para saciar su sed.

Tomó suficiente agua, y se sentó en la fuente a descansar y observar la plaza cuando, de repente, una rana simpática comenzó a dar saltos justo en frente, saltos y más saltos hasta la altura de sus ojos, provocando alegría y extrañeza en él.

Estuvo saltando unos minutos y no parecía agotarse nunca, hasta que, lejos de parar de brincar, comenzó a saltar y desplazarse hacia las montañas por el sendero. Filomeno, allí sentado con cara de sorpresa, se levantó y decidió seguir al anfibio hasta salir del pueblo y adentrarse en el bosque.

Ya había quedado atrás el pueblo. Entre charcos y árboles gigantes se encontraban la rana y él, acompañados del viento y de las nubes grises de aquella mañana.

Cuando llegaron a un sauce la rana paró, y de un salto perfecto se sumergió en un charco. Filomeno se apoyó en el tronco del sauce a esperar, extrañado.

—Ha desaparecido la ranita —pensó Filomeno.

No pasó más de un minuto cuando, de repente, de aquel charco misterioso salieron dos ranas en vez de una, y rápidamente continuaron el sendero por el bosque. Filomeno, sin tiempo para pensar mucho más, continuó

siguiéndolas.

No llovía, ni hacía sol, pero se notaba que había llovido. El suelo estaba húmedo y numerosos charcos daban color al camino, con las copas de los árboles reflejadas en sus aguas.

Casi sin darse cuenta, Filomeno estaba inmerso en una aventura, siguiendo a dos ranas en aquel bonito bosque lleno de grandes árboles y charcos misteriosos.

Las dos ranitas verdes dieron un salto complicado para salvar un obstáculo de un tronco de roble tirado en mitad del sendero, que hizo sudar a Filomeno cuando segundos después le tocó a él pasarlo, pero sin más continuó siguiendo a los dos intrigantes anfibios hasta que volvieron a sumergirse en un nuevo charco. Esta vez era un charco más grande y con un arbusto con hojas anaranjadas en el centro. En un abrir y cerrar de ojos, las dos ranitas desaparecieron en la profundidad del charco y allí esperando se quedó Filomeno, nuevamente, apoyado y escondido detrás de un ciprés.

Esta vez tardaban sumergidas más tiempo que en el anterior charco, lo que hizo ponerse un poco inquieto a nuestro amigo, que seguía alerta detrás del bonito ciprés. De repente, volvieron a aparecer las ranas, pero esta vez salieron tres, para sorpresa de Filomeno, que no pudo recrearse mucho en ver aquella imagen de tres anfibios saliendo del charco porque, rápidamente, continuaron avanzando por otro sendero hacia el norte del bosque.

Ya se había marchado la mañana de sábado, se acercaban las dos de la tarde cuando el cielo se oscureció, el viento apareció violentamente y algunas gotas de agua comenzaron a caer; eran gotas frías que al impactar en el rostro de Filomeno le causaban cierta molestia, pero insuficiente como para que nuestro amigo abandonase aquella incursión en el bosque detrás de las ranas.

No duró mucho aquella llovizna cuando volvió a aparecer un nuevo obstáculo que solventar en el sendero. Una roca grisácea y erosionada por el paso del tiempo hizo frenar a las ranitas, que pararon justo delante de la roca mientras Filomeno observaba con sigilo, un poco más retrasado.

Los tres verdosos animalitos permanecieron unos segundos mirándose allí, delante del obstáculo, hasta que dieron un enorme salto, un increíble salto, que sorprendió al mismísimo Filomeno, que perdió su rastro.

No quería llegar hasta allí para nada, así que nuestro amigo se decidió a salvar el obstáculo de la roca saltando como los anfibios. Fueron varios intentos, y no parecía tener el mismo éxito que las ranas.

Se sentó en una piedra a descansar y tuvo una ocurrencia muy oportuna, amontonar piedras a modo de escalones para llegar a la cima de la roca, y en eso se entretuvo unos minutos, hasta que puso seis piedras que encontró en el suelo y pudo continuar su aventura tras las simpáticas ranas.

Al asomarse desde arriba de la piedra no dio crédito a lo que veía. Había llegado a un paisaje increíblemente hermoso; las nubes desaparecieron, el

sol brillaba, el viento paró, los pajaritos inundaban las ramas de los árboles y llenaban de cantos el aire limpio. Allí había una hermosa charca con cientos y cientos de ranas, era un paraíso de ranas, y de ciervos y aves; un bonito lugar que enamoró a Filomeno, creando brillo en sus ojos, entusiasmado por la belleza de ese sitio nunca visto antes por él.

—¿Cuáles serán las tres ranitas? —se preguntó en voz baja pensativo.

Todo parecía bonito, lleno de colores; la hojarasca coloreaba el suelo, los animalitos llenaban de vida aquel lugar, y las ranas enverdecían la charca, sin embargo, Filomeno observó algo extraño en el suelo, algo que llamó su atención. Se trataba de huellas humanas, huellas de hombre, de hombre grande, corpulento; eran pisadas alrededor de la charca que se dirigían hacia un pequeño camino de tierra detrás de los árboles.

Sin dudarlo, Filomeno caminó siguiendo las huellas de humano, y justo detrás de los árboles las pisadas conducían a una cueva oscura. Lejos de sentir miedo y pararse en la entrada de la cueva, Filomeno valientemente decidió entrar y seguir el rastro.

Al avanzar unos pasos se oyeron unos croados.

— ¡Croa, croa, croa...! —sonaba incesantemente desde el interior.

— ¿Hay alguien ahí? —preguntó Filomeno en voz alta.

Al no escuchar respuesta humana, nuestro amigo avanzó al interior, guiado por el sonido de las ranas, y al fondo de la cueva halló una red llena de ranitas asustadas, intentando salir, atrapadas y angustiadas. Aumentaron los croados en número y en volumen, a coro parecían pedir socorro a Filomeno, que no dudó en agarrar la red y devolver a todos esos indefensos animalitos a la charca.

En apenas un segundo todas las ranas se sumergieron en la charca, desesperadas y asustadas salieron de la red. Filomeno, feliz, regresó a la cueva a poner la red en el lugar donde la había encontrado.

Al llegar de nuevo a la oscura cueva escuchó unos pasos y un silbido humano que hizo esconderse a Filomeno detrás de un árbol cerca de la entrada, y desde allí observó cómo un hombre alto, desgarrado, corpulento, con pelo largo y negro, andaba dando zancadas gigantescas y se dirigía al interior de la cueva, silbando una extraña melodía.

— ¿Dónde está mi red? ¡Malditas ranas! —gritaba el hombre grande, nervioso, mientras salía de nuevo de la cueva.

Filomeno estaba asustado, detrás del árbol, temeroso de ser descubierto por el malvado pescador de ranas, pero afortunadamente éste desapareció de allí por el sendero que lo dirigía a la bonita charca, lo que posibilitó a Filomeno soltar la red en la cueva y escapar de allí hacia el pueblo.

Llegó Filomeno a casa poco antes de las tres de la tarde, algo asustado, con la imagen del malvado pescador de ranas en su mente.

Pasó Filomeno aquella tarde de sábado en la biblioteca, leyendo libros de ranas, de lagos y de leyendas de anfibios. Aprovechando que llovía

fuertemente decidió pasar la jornada allí, donde él siempre era feliz.

Descubrió que las ranas son unos seres pacíficos, entrañables y bonitos, y lo descubrió leyendo un libro que se titulaba *La rana que salvó a Eric*.

Llegó la noche y con ella la hora de dormir de Filomeno, que tardó un poco más que de costumbre en quedarse dormido, pensando en las pobres ranas amenazadas por el gigante pescador con su maléfica red.

Al día siguiente, se despertó con una idea en la cabeza. Sin darse cuenta había soñado un plan para salvar a las ranas, un plan que consistía en extender por la cueva el unguento mágico que dejaba dormido durante doce horas a cualquier humano que entrase en contacto con él. Era pócima que trajo el padre de Filomeno de una de sus aventuras por el océano Índico.

Desayunó como siempre jarabe de canela, ordenó su habitación y buscó en el baúl de la biblioteca el unguento para atrapar al gigante malvado. Entre trastos, amuletos y objetos de cualquier parte del planeta encontró la pócima mágica del sueño, llena de polvo, nunca usada antes, embalada con un cuero marrón.

Salió de su casa y se dirigió hacia la Plaza de los Marineros y desde allí se adentró en el bosque por el sendero de la montaña, pero antes fue a buscar a su amigo Julián para pedirle que le acompañase en aquella arriesgada misión.

Al llegar a la maravillosa charca de las ranas, Julián se quedó sorprendido de tan bonito lugar, pero sin más tiempo para contemplaciones fueron a la cueva y, al ver que no había nadie, Filomeno untó el unguento del sueño por el suelo de la entrada de la cueva, lugar en el que inevitablemente pisaría con sus grandes pies descalzos en malvado pescador; mientras Julián devolvió a la charca las decenas de ranas que de nuevo estaban atrapadas en la red.

A toda prisa, volvieron a salir de aquel lugar, pues querían evitar que el hombre gigante les descubriera. Se acercaba la hora del almuerzo y de la siesta, así que sin demorarse soltaron la red en la cueva y regresaron al pueblo.

Antes de anochecer, los dos amigos volvieron al lugar; era una bonita tarde y tenían la esperanza de que el unguento del sueño hiciera efecto al ser pisado. Al llegar a la cueva, Filomeno hizo un nudo con la cuerda que llevaba en el árbol de la entrada y accedió con sigilo, sin hacer ruido, quedándose Julián fuera vigilando.

Allí, en el suelo, tumbado e inmerso en un profundo sueño, estaba el gigante malvado.

— ¡Julián, ven, corre! —exclamó.

— ¿Qué ocurre, Filomeno? —respondió el amigo.

—Debes ir al puerto, a toda velocidad, avisa a Bonifacio el Tuerto (el guarda del faro) y dile que necesitamos ayuda para atrapar a un bandido en la montaña —añadió el otro.

—Vale, voy a toda prisa —concluyó.

Julián fue al puerto a pedir ayuda, y nuestro valiente amigo amarró la cuerda a las muñecas del malvado pescador, que ni se inmutó, preso de la pócima del sueño.

Se acercaban las ocho de la tarde, y ya habían pasado diez horas desde que untaron el unguento por la cueva, por lo tanto, solo quedaban dos para que el hombre gigante despertara.

Pasó Filomeno la espera en la charca, acompañado de las ranitas y de los pájaros, incluso de un ciervo que se asomó desde la arboleda a beber.

No tardaron en llegar a la cueva Julián y Bonifacio, que también traía cuerda en una de sus manos, y así, los tres se dirigieron en busca del malvado pescador. Se sentaron en la cueva, amarró Bonifacio la cuerda que trajo a los tobillos y manos y esperaron a que despertase.

Ya era de noche cuando empezó a abrir los ojos y a ponerse nervioso.

— ¡Qué hacéis aquí, fuera de mi cueva! —exclamaba violentamente el gigante pescador—. ¡Soltadme!, ¡desatadme! ¡Maldito tuerto, niños pegajosos, soltadme! —volvió a gritar desesperadamente.

Filomeno y Julián comenzaron a reír al ver a aquel hombre tan grande allí atrapado como un insecto:

— ¡Ja, ja, ja, ja!

— ¡He dicho que me desates, tuerto imbécil! —insistió nuevamente.

—A ver, cálese de una vez y escuche atentamente —dijo con voz seria Bonifacio—. Usted merece un castigo, un duro castigo, por hacer daño a las inofensivas ranas. Si no acepta el castigo no le desataré.

— ¡Desátame, tuerto imbécil! —volvió a gritar el pescador de ranas.

—Filomeno, piensa en un castigo para este cobarde hombre que mata ranas —le sugirió Bonifacio.

Tras varios minutos, durante los cuales el gigante seguía insultando a Bonifacio, a Julián y a Filomeno, éste tuvo una ocurrencia, una gran idea para un castigo ejemplar.

— ¡Ya lo tengo! —exclamó Filomeno.

Le dijo al oído a Bonifacio la idea que acababa de tener y se lo comunicaron al malvado pescador:

—Te desataremos y liberaremos a cambio de que, desde mañana, te conviertas en el flautista de ranas, y cada tarde hagas sonar bonitas melodías en la charca de las ranas.

—Pero si yo nunca he tocado la flauta —añadió el malhechor.

—Filomeno te regalará su flauta y desde mañana en el pueblo se te conocerá como el flautista de ranas —aseveró Bonifacio.

— ¡Ja, ja, ja! —rieron Julián y Filomeno.

Desde aquel día las ranas y todos los animalitos de la hermosa charca del bosque vivieron felices, sin temor, y el malvado pescador se convirtió en un famoso flautista que hacía sonar preciosas canciones cada tarde.

Todos se sintieron bien. Filomeno se fue feliz a casa, feliz por haber

ayudado a aquellos indefensos animalitos; Julián, por ayudar también en la causa, como Bonifacio; y el flautista de ranas, que desde aquel día se volvió sonriente, alegre, y amable.

Por muy difícil que parezca siempre hay que tener la esperanza de que las cosas puedan cambiar.

Nunca dejes que el presente complicado impida soñar en un futuro mejor.

2

*EL MILAGRO DEL
CABALLERO DESPISTADO*



Llevaba seis días seguidos lloviendo en el bonito pueblo de Filomeno hasta que aquella mañana de otoño hizo aparición el sol desde las primeras horas, haciendo sonreír a nuestro amigo que, como de costumbre, se asomó por la ventana a mirar al horizonte y saludar a un nuevo día.

El suelo de las calles, las paredes de las casas y los tejados aún guardaban la humedad de las lluvias, así que aquel día soleado estaba todo limpio y brillante, lleno de pajaritos alegres que cantaban al sol y lagartijas asomadas en cualquier pared; todo parecía distinto a los días anteriores, la gente incluso sonreía más.

Tan pronto acabó de desayunar Filomeno decidió dar un paseo hasta la Plaza de los Marineros, y hasta allí caminó feliz, respirando el aire limpio del pueblo y saludando a toda persona que se cruzaba en la calle. Al llegar a la plaza observó un tumulto de niños en la puerta de la iglesia, un vocerío que llamó su atención e hizo que se acercara para ver de qué se trataba aquella reunión.

— ¡Silencio, niños, escuchad! —exclamó el padre Bartolomé, rodeado de decenas de zagales en los alrededores de la iglesia.

Se acercó aún más Filomeno para oír las palabras del párroco desde más cerca, intrigado, como el resto de niños.

— ¡Hoy tenéis deberes! Mirad esta pared y buscad una tortuga; quien la encuentre tendrá el regalo que me pida —finalizó el cura.

Tras aquellas palabras del párroco los infantiles giraron sus cabezas hacia la pared, clavando los ojos en la misma, buscando la tortuga, y el cura desapareció hacia el interior de la iglesia. Eran la once de la mañana de aquel bonito día y la mañana se presentaba ocupada en aquella tarea, así que Filomeno decidió sentarse justo frente a la pared de la supuesta tortuga para pasar el rato mirando y mirando.

Pasaron varias horas y ningún niño encontró tortuga alguna. Con caras enfadadas y cansadas sonaron las campanas que anunciaban las dos de la tarde, y al mismo tiempo que los estómagos empezaban a rugir de hambre en los zagales, el cura salió de la iglesia.

—A ver, ¿quién ha encontrado a la tortuga? —preguntó, animoso.

Todos permanecieron en silencio hasta que, de repente, uno de los niños exclamó:

— ¡No hay ninguna tortuga!

— ¿Por qué nos engañas, Don Bartolomé? —añadió otro joven.

— ¡Eso, eso! —exclamaron al mismo tiempo tres niños más.

Ante estas acusaciones, el cura sonrió y dijo lo siguiente:

—Queridos niños, niños de nuestro hermoso pueblo, no debéis rendiros tan pronto, pues en la vida todo cuesta trabajo y el esfuerzo merecerá la pena. No os he mentado, ahora bien, como veo que no tenéis mucha paciencia os diré el secreto para encontrar a la tortuga...

Allí quedaron los niños intrigados por las palabras del párroco, esperando

a que desvelase el secreto.

—Solo podrá encontrarla aquel niño que sea capaz de soñar despierto.

Acto seguido, el cura volvió a la iglesia y los niños se fueron a sus casas a almorzar, pensativos, agotados y algo desilusionados.

Realmente nadie había entendido el secreto del cura. ¿Qué era eso de soñar despierto?, fueron pensando y preguntándose los zagales, incluido Filomeno.

Al llegar a casa, Filomeno pasó un bonito almuerzo con su padre y su madre, y en vez de descansar en su habitación decidió bajar al sótano, a la biblioteca, a leer algún apasionante libro.

Estuvo un buen rato eligiendo qué libro leer, le gustaban tantos que no se aclaraba, pero finalmente, en una de las esquinas de la estantería, leyó el título de un libro que le llamó la atención, se titulaba *El milagro del caballero Despistado*.

Antes de sentarse a leer tuvo que quitarle un poco el polvo a la portada, donde aparecía el caballero cabalgando hacia un castillo muy bonito.

El libro trataba sobre *un caballero dedicado a hacer recados de castillo en castillo, de aldea en aldea, recorriendo todo el país con su caballo veloz, de nombre Recuerdín, por todos los caminos de tierra, cruzando bosques y puentes peligrosos. Se trataba de un caballero muy querido por la gente de todo el territorio, siempre estaba feliz, sonreía mucho y ayudaba a la gente pobre siempre que podía.*

Todos conocían al caballero con el apodo de “Despistado”, y este apodo tenía su origen en que era una persona que olvidaba casi todo. Olvidaba el sombrero, o su capa; incluso cuando llevaba a un castillo alguna carta, justo al llegar al castillo se daba cuenta de que la carta la había dejado olvidada, y así llegaba tarde a los lugares, porque siempre olvidaba cosas.

Un día, el caballero Despistado estaba muy triste, cansado de ser tan olvidadizo, y sobre todo cansado de que algunas personas como los guardias de los castillos se rieran de él y continuamente le gastasen bromas sobre sus despistes. Al estar tan triste y cansado, una mañana fue a la orilla de un bonito río a descansar y despejar la mente escuchando el sonido del agua, de los peces saltar y de los pajaritos cantar.

Casi quedándose dormido allí, en la orilla del río, y mientras Recuerdín bebía agua, apareció un pájaro hablador, era un cuervo mágico.

—Amigo caballero, no estés triste —habló el cuervo mágico.

Asombrado, miró al cuervo y después a Recuerdín, que seguía bebiendo.

—No estés triste por tus olvidos, pues tengo un milagro para ti —añadió de nuevo el cuervo hablador.

—Deje de decirme tonterías, señor cuervo, déjeme descansar. Ayer olvidé un saco de trigo de Simplicio en la aldea, y hace tres días olvidé un recado para el labrador del monte. No tiene remedio este problema, déjeme descansar —respondió enfadado el caballero.

—*Está bien, no te molestaré más, pero solo te diré que si hueles una flor multicolor de la Montaña de los Tres Picos tus olvidos desaparecerán*
—*concluyó contándole el cuervo.*

El caballero Despistado no le respondió y le hizo parecer al cuervo que no le había echado cuenta alguna sobre lo que le había anunciado, pero cuando vio que el cuervo comenzó a volar y a alejarse, le preguntó con voz alta:

— *¿Dónde está esa montaña?*

El cuervo, ya desde al aire, cambió el sentido del vuelo y le respondió:

— *¡Al sur, siempre al sur!*

Allí se quedó unos minutos mirando el agua del río, pensativo, cuando, de repente, llamó a su caballo:

— *¡Recuerdín, vamos, tenemos trabajo!*

Se subió a su veloz caballo y se dirigió al sur, siempre al sur, como había advertido el cuervo mágico. Con el sol de frente, cabalgó y cabalgó en busca de la Montaña de los Tres Picos.

Comenzó a caer la tarde cuando el caballero se dio cuenta de que había olvidado en la orilla del río su capa, pero no podía volver, se haría ya de noche en breve, y no tenía tiempo de dar la vuelta, así que dio por perdida su bonita capa.

Tras dos días cabalgando, una tarde por fin observó en el horizonte una montaña de tres picos. Era muy grande, inmensa, y le causó tanta alegría al caballero que cabalgó rápido para intentar llegar a ella antes del anochecer.

Al llegar al pie de la montaña ya era tan de noche que no encontró ninguna flor, y decidió dormir allí, junto a Recuerdín, en un hueco que encontró entre un gigantesco roble y un arbusto.

Un poco desilusionado durmió aquella noche el caballero, pues estaba deseoso de encontrar la flor multicolor y comprobar si era cierto lo que el cuervo le había asegurado, pero la oscuridad de aquella montaña no le permitía apreciar los colores de las flores, así que no tuvo más remedio que esperar al amanecer.

A la mañana siguiente, Recuerdín despertó al caballero, moviendo con la cabeza un brazo suyo, y cuando éste despertó vio algo maravilloso, observó cómo toda aquella montaña, aquel paisaje, estaba repleto de flores de colores, flores multicolores, hermosas flores que llenaban aquello de alegría y perfumes.

El caballero, sonriente, caminó unos metros, y extendiendo sus brazos hacia abajo fue acariciando los pétalos de las flores con sus dedos, hasta que eligió a una de ellas, una flor de seis colores, una asombrosa flor, así que se agachó y la olió profundamente.

Tras olerla, se volvió a montar en Recuerdín y regresó a su aldea, feliz, y esperanzado en no volver a olvidar nunca nada más.

Desde aquel día ya no existieron los despistes en el caballero. El cuervo tenía razón, la flor multicolor de la Montaña de los Tres Picos era milagrosa y cambió la vida del bondadoso caballero, que continuó haciendo recados de castillo en castillo y de aldea en aldea, pero con la tranquilidad de que ya nadie se burlaría de él por tener despistes.

—Filomeno, es la hora de merendar —exclamó Enrica desde la cocina.

—Vamos, Recuerdín, cabalga, vamos a la aldea del ciprés —hablaba Filomeno consigo mismo, mientras la madre le esperaba.

—Filomeno, la merienda —volvió a llamarle, esta vez entrando en la biblioteca.

—Tengo un nuevo recado para la granja del arroyo —comentaba Filomeno, de nuevo consigo mismo mirando fijamente el libro.

—Filomeno, hijo, estás soñando despierto, deja la lectura —le dijo finalmente la madre, tocándole el hombro.

—Sí, madre —respondió—. Pero ¿qué acabas de decir? —preguntó seguidamente.

—Que la merienda está lista, hijo, eso he dicho, vamos —le aclaró.

—No, no, ¿qué has dicho de soñar? —volvió a preguntarle.

—Solo te he dicho que estabas soñando despierto, estabas soñando con la historia del libro —le aclaró de nuevo la madre a Filomeno.

—¡Venga, madre, vamos a merendar, que el padre Bartolomé me está esperando! —exclamó Filomeno con rostro ilusionado y voz enérgica.

Tan pronto finalizó la merienda, sin perder tiempo Filomeno fue a la iglesia a buscar a la tortuga. Al llegar a la plaza, allí en la pared había tres niños más, mirando fijamente, buscándola también, y fue nada más llegar allí cuando Filomeno se dio cuenta de que en todo el centro de la pared estaba la tortuga dibujada. Era increíble, se veía claramente, pero antes no se apreciaba, era como mágico. Fue corriendo a contárselo al cura, que salió y lo comprobó asombrado, abrazó a Filomeno y le preguntó.

—¿Has pensado en el regalo que quieres?

—Sí, lo he pensado —respondió.

—Pues dime, Filomeno, dime —añadió el párroco.

—Quiero un saco de libros —contestó Filomeno.

—Muy bien, pues eso tendrás, ven conmigo a la iglesia y elige tú mismo los libros.

Filomeno había elegido un saco de libros porque su deseo era seguir soñando, pues se dio cuenta que leyendo y soñando despierto era más feliz y pasaban cosas mágicas y divertidas.

Desde aquel día, cuando Filomeno paseaba por la plaza y veía a niños buscando la tortuga, sonreía, se sentaba en la fuente y leía, y así aun viendo la tortuga, nunca le contó a nadie que él sí la veía, ni nunca le desveló a nadie dónde estaba. De esta forma, Filomeno aprendió la magia de soñar y

de leer.

Los sueños se cumplen solo si de verdad crees en ellos.

3
*EL SECRETO DEL CIPRÉS
MÁGICO*



La humedad del suelo servía de hogar a infinidad de gusanos y otros animalitos que junto con la hojarasca daban vida a un bonito bosque de otoño.

A menudo, Filomeno se adentraba en él para sentir cómo el planeta cambiaba de piel según la estación, porque en poco se parecía aquel lugar a la época de verano o de primavera. Los colores eran distintos, ahora había más marrones y los animalitos que se asomaban eran otros. Incluso el olor le parecía a Filomeno distinto, como el cielo, mucho más gris, menos celeste que en otras épocas.

Le gustaba mucho el otoño porque se daba cuenta de que el verano agotaba la vida de muchos seres, plantas, animalitos, el suelo o seres humanos.

Y debe ser verdad que agota, pensó Filomeno, pues al no llover la vida se para un poco allí en el bosque, y en esos meses de otoño pudo comprobar cómo renacieron muchas plantas y animalitos que parecían escondidos durante el verano.

En uno de los meses del otoño, el de noviembre, en una bonita tarde, ocurrió algo muy curioso que llamó poderosamente la atención de nuestro amigo.

Tras varias semanas de fuertes lluvias y violentas ráfagas de viento, de repente todo se apaciguó, dejó de llover, el cielo se despejó de nubes, salió el sol a brillar y Filomeno se asomó a su ventana. Las calles del pueblo estaban vacías de gente, así que decidió salir a disfrutar de aquella tarde sin viento, sin lluvia y con sol, dirigiéndose a la Plaza de los Marineros.

No se cruzó con nadie hasta llegar a la plaza, solo algunos pajaritos que parecían saludarle felices, y así caminó hasta llegar a la fuente y sentarse a recibir el calor del bonito sol de otoño que había.

No se movía nada, ni una rama, ni un papel, no hacía absolutamente nada de viento hasta que, de pronto, una hoja apareció en la plaza volando.

—¿Una hoja por los aires? Pero... si no hace viento —se dijo a sí mismo, extrañado.

La hoja, lejos de caer al suelo, seguía y seguía por el aire, hasta acercarse a él, momento en el cual éste intentó atraparla, pero sin éxito, haciendo que Filomeno siguiera intentando cogerla con las manos, como si de un juego de niños se tratase. La hoja parecía estar viva. Así transcurrieron unos minutos y Filomeno seguía detrás de la hoja, de forma que al poco tiempo tanto la hoja como él estaban lejos del pueblo y por el sendero del bosque se habían adentrado en las montañas.

Estaba tan concentrado en atrapar a la intrépida hoja que no fue consciente de lo lejos que estaba del pueblo hasta que por fin la hoja dejó de avanzar, pues se introdujo en el agujero de un ciprés, un bonito ciprés del bosque.

Cuando ya la hoja se perdió a la vista de Filomeno, éste se sentó en una

roca muy cerca del ciprés, y empezó a darse cuenta de que estaba lejos de su casa.

Pero ya estando allí no pudo remediarlo y se asomó al agujero misterioso del ciprés, a ver si encontraba la hoja, sin embargo, lo que allí descubrió fue que el hueco se hacía mucho más grande en el interior del árbol, algo extraño que llamó la atención de nuestro amigo, que decidió entrar dentro del agujero, cayendo por una especie de tobogán oscuro.

Cayó hasta llegar misteriosamente a un bosque de invierno, donde el suelo estaba cubierto de nieve, como las copas de los árboles. Hacía mucho frío, y el cielo tenía un color grisáceo. Estuvo Filomeno allí sentado, sin reaccionar, viendo el paisaje, sin creer lo que estaba viendo, hasta que miró atrás y pensando que vería el ciprés por el que había llegado hasta allí pudo comprobar que había desaparecido, por lo tanto, no sabía dónde estaba. Había ido a parar a un lugar desconocido, lejos del pueblo, repleto de nieve; parecía todo fruto de la imaginación pero no, era real, se había perdido.

Sentado aún, comenzó a sentirse mal, apenado, triste, y fue entonces cuando decidió levantarse, pues se estaba empezando a mojar la ropa debido a la nieve del suelo.

Aquel bosque era extraño, los animalitos se acercaban a Filomeno sin temor alguno, ciervos, zorros y osos se cruzaron a su paso, y ni siquiera se inmutaron al ver a un niño allí.

Caminó en busca de algún cartel que indicase la vuelta al pueblo, y no vio rastro alguno que ello indicase, hasta encontrar un gigantesco árbol tirado en el suelo que parecía haber sido talado por alguien y que no tuvo más remedio que escalar para continuar caminando. Al salvar aquel obstáculo encontró un camino despejado de árboles, sin carteles, sin rastro humano, y al oeste unas montañas y una arboleda que parecían seguir el curso de un río.

Hacía frío, y cada vez quedaba menos luz, lo cual fue haciendo que Filomeno se entristeciera mucho más; sin energía tenía que caminar para salir de allí, desanimándose cada minuto que pasaba.

Tomó un sendero hacia las montañas y los árboles, y fue en ese camino donde encontró un trineo muy bonito de madera. Lo vio, lo tocó, y lo agarró con una mano hasta echárselo a un hombro. No tenía ánimo para jugar con el trineo, seguía triste, miedoso, y lo único que quería era llegar a los árboles para encontrar una salida de aquel bosque lejano y frío.

Fue acercándose a los árboles, que resultaron ser abetos enormes copados de nieve en sus ramas, dándose cuenta que detrás había un río. Fue el sonido del agua lo que hizo acelerar el paso de Filomeno, que aún seguía con el trineo enganchado a su hombro, como si de una mochila se tratase.

Al llegar a los abetos, se acercó a la orilla del río, y a unos cien metros observó cómo un hombre estaba pescando en la orilla. Volvió a acelerar el paso hasta llegar al señor pescador, que resultó ser un hombre mayor, un anciano de cabello, barba y bigote blanco, estatura baja, nariz aguileña y

sombrero de color naranja por el que se escurría su pelo blanco. Su semblante era serio, con mirada fija a la caña que portaba con la mano derecha y que a veces apoyaba en un cubo de madera que tenía sujeto entre los dos pies.

—¡Señor, señor, ayúdeme! —gritaba Filomeno ya cerca del anciano pescador.

El señor del sombrero naranja no se inmutó, parecía que Filomeno era invisible y su voz, insonora.

—¡Señor, señor, ayúdeme! ¡Por favor, estoy perdido! —volvió a gritar Filomeno mientras apoyaba el trineo a pocos centímetros de donde estaba sentado el anciano.

—¡Sshhhhh! ¡Silencio, renacuajo rubio! ¡Estás espantando a los peces! —le respondió el señor pescador, que por fin giró la cabeza para mirarle.

—¡Pero señor, se lo suplico, ayúdeme a salir de este bosque!, ¡estoy perdido!

—No puedo ayudarte, renacuajo rubio, solo puedo darte un consejo, pero una vez que lo escuches quiero que te marches o fastidiarás mi día de pesca.

—Gracias, señor, gracias. Dígame ese consejo, por favor —respondió Filomeno, expectante.

Sin dejar de mirar la caña, y casi sin pestañear, comenzó a decirle a Filomeno:

—Este bosque es pacífico, aquí nada malo te ocurrirá. Si quieres regresar de donde viniste debes ser feliz. Y ahora... ¡desaparece de aquí, renacuajo rubio! —concluyó.

Sin perder más tiempo allí, cogió el trineo, se lo volvió a echar al hombro y, cabizbajo y desolado, se fue de aquel río, no sin antes dar las gracias por aquellas palabras al señor pescador.

Se acercaba la noche. Cada vez hacía más frío allí en ese bosque y Filomeno estaba perdiendo la esperanza de encontrar una salida hacia su pueblo, tanto que el paso de su caminar se fue haciendo más lento.

Siguió un nuevo sendero que encontró al salir de la zona de los abetos, y allí el camino era descendente, una gran bajada hacia el oeste que hizo que Filomeno echara al suelo el trineo y, cansado de andar, decidió subirse en él para descender más fácilmente.

Se subió al trineo y se impulsó con la poca fuerza que le quedaba hasta que comenzó a descender a gran velocidad hacia una zona de árboles y arbustos situados en forma de círculo. Durante el descenso, Filomeno se divirtió tanto que olvidó la tristeza y el desánimo, comenzando a sentirse feliz al jugar con ese trineo por aquel paisaje. Al llegar a la zona de los arbustos y frenarse el trineo, Filomeno estaba sonriendo, respiraba de forma más fácil y ya no sentía miedo; había olvidado por un momento que estaba perdido y lejos del pueblo.

Salió del trineo y, de repente, en mitad de aquel lugar rodeado de arbustos

y árboles, apareció el ciprés del agujero.

—¡Ahí estás, ahí estás! —gritaba Filomeno al mismo tiempo que corría hacia el agujero del misterioso árbol.

No dudó en asomarse al hueco del árbol y descender por la oscuridad, cayendo de regreso a la plaza del pueblo, donde no había nadie. Era casi de noche y allí sentado, caído debajo de un ciprés, fue a parar Filomeno, que cuando vio que era su querida plaza, se sintió enormemente feliz y aliviado, tanto que se levantó, se acercó, lo abrazó y le dio las gracias por aquella aventura tan extraña e inolvidable.

Filomeno se fue a casa y desde aquel día el ciprés quedó allí, en esa parte del pueblo, apareciendo y desapareciendo. Cuando Filomeno se sentía feliz y calmado, el árbol allí permanecía, pero cuando la tristeza o el miedo se apoderaban de nuestro amigo, el ciprés desaparecía, ante el asombro del resto de vecinos.

Así el secreto del ciprés mágico solo era conocido por Filomeno, que nunca se lo contó a ninguna persona, en respeto al anciano pescador que no era persona al que le agradasen las visitas.

Cuando en la vida encontremos dificultades debemos escapar del miedo y de la tristeza.

Desde el optimismo y la sonrisa los problemas se solucionan antes.

4
LA ISLA DE LA HONRADEZ



A veces Filomeno no entendía el comportamiento de los adultos; a menudo discuten y se preocupan por miles de cosas que después son resueltas en muchos casos sin que ellos hagan demasiado. Y es que había en el pueblo muchos lugares para pensar, para reflexionar y para sentirse bien y, curiosamente, la gente que más se enfadaba era la que menos visitaba esos mágicos lugares.

Aquella tarde, Filomeno fue a visitar uno de esos lugares mágicos del pueblo, el puente de piedra del río Oeste, donde el cuerpo se siente feliz y donde la paz domina todo, uno de esos sitios en los que la vida parece más bonita.

Acababa de ver discutir a dos personas adultas en la Plaza de los Marineros, y caminando hacia el puente Filomeno iba recordando las caras tensas y de poca felicidad de los dos. Así, conforme se acercaba al puente, aquel recuerdo iba dando paso en su mente al mundo de la naturaleza: pájaros cantando, el sonido del agua que poco a poco descendía buscando al mar, la brisa de la tarde, el sol de invierno... Todas eran sensaciones mágicas que hacían que Filomeno entrara en su mundo, en el mundo de los sueños.

Al llegar al puente, comenzó a deslizar sus manos sobre la piedra del puente, acariciándolo y tomando su calor, el calor de los años y del sol de aquel día hasta llegar al centro del puente, donde se paró para mirar aquel bonito paisaje de paz y color.

El invierno iba dando paso a la primavera, y el color de aquel paisaje así lo anunciaba, incluso el vuelo de tres cigüeñas presagiaba la llegada de la nueva estación, como decían los ancianos del pueblo: “Por San Blas, la cigüeña verás, y si no la vieres, año de nieves”.

Varios peces saltaban buscando insectos, mientras una decena de gorriones se bañaban en un charco próximo al río, visible desde allí arriba, donde estaba Filomeno, cuando, de repente, una roca salió del fondo del río hacia la superficie.

—Qué extraño —comentó Filomeno con voz bajísima.

Continuó observando aquel precioso paisaje de animales, agua, colores y tranquilidad cuando volvió a salir una nueva roca en el río, y ya eran dos.

—¿Están naciendo rocas en el río? —se preguntó Filomeno, perplejo ante aquello.

No pudo contener la curiosidad y decidió bajar a la orilla del río para ver de cerca aquellas repentinas rocas, pero al llegar abajo se dio cuenta de que ya no eran dos rocas, sino cuatro; habían salido dos mientras Filomeno caminaba desde el puente hacia la orilla. No dudó, y de un salto Filomeno se puso de pie en la primera de las piedras, comprobando que estaba firme y no se movía. Volvió a dar otro salto hacia la segunda, la tercera y la cuarta. Cuando se disponía a darse la vuelta para regresar a la orilla, nació una quinta roca, y hacia allí que fue nuestro amigo, pero esta vez nada más posar

un pie en la piedra surgió de nuevo otra, y así, cada vez que Filomeno apoyaba una parte de su cuerpo en una roca, nacía otra, y siempre en dirección al mar.

Se había convertido en un juego de saltos y saltos, incesantes nacimientos de rocas que fueron creando un sendero desde el río hasta el mar, y una vez llegado a éste los nacimientos de rocas continuaron y continuaron, mar adentro, cientos y cientos de metros, y Filomeno, lejos de parar y regresar, decidió avanzar por aquel inesperado sendero.

Tras un buen rato saltando de piedra en piedra el sendero llegó a su fin y se encontró un lugar maravilloso, una isla pequeña pero preciosa que entusiasmó tanto a Filomeno que, sin dudarlo, se dispuso a explorarla.

Allí sentía que estaba en el interior de un libro, un libro de aventuras, de barcos, de exploradores, de islas y tesoros. Se sentía como en un sueño, un sendero mágico desde el puente de su pueblo hasta allí, hasta aquella increíble isleta.

Al llegar a la isla, Filomeno agarró con su mano derecha un poco de arena. Era finísima y prácticamente blanca, la lanzó al aire, y comenzó a correr por la playa, evitando tropezar con las decenas de cocos y cocoteros que asomaban en la arena, evitó a todos menos a un coco, que lo cogió para beber agua de su interior, como había leído en uno de sus libros favoritos.

Así pasaron las horas y Filomeno se sentía el niño más feliz del mundo jugando y explorando una isla de la que no sabía nada, ni siquiera el nombre, así que pensó en bautizarla y llamarla Isla Bonita.

No parecía peligrosa la isla, o al menos no lo sentía así Filomeno, que caminó a su interior, dispuesto a explorarla sin miedo, porque él ya sabía que cuando se siente miedo los problemas que surgen se solucionan peor, así que con ilusión y alegría comenzó a caminar por aquel paradisíaco lugar.

Grandes pájaros de colores hacían ruidos extraños y alguna serpiente se deslizaba por el suelo cerca de Filomeno, que lejos de asustarse prosiguió su camino con energía. Las ramas de los árboles eran gigantes, y se entrecruzaban formando laberintos que servían de carreteras a los animales que por allí arriba vivían y miraban a Filomeno. Él se sentía observado y se empezaba a sentir incómodo, tanto que aligeró el paso hacia una zona más abierta, la cual pronto encontró, pues detrás de un gigantesco magnolio encontró algo maravilloso, una cascada mágica, llena de colores, donde el agua brillaba y se respiraba un aire tan puro que Filomeno se sentó cerca a contemplar aquel paisaje tan bonito.

Se acercó un pájaro negro a beber agua de la cascada y observó nuestro amigo cómo, al volar de nuevo tras saciar su sed, de sus garras cayó una moneda de oro, yendo a parar justo al lado de Filomeno que, perplejo, la miró, la agarró, la acercó a su cara, y pudo contemplar que era una moneda dorada.

Rápidamente, se acercó a la cascada y pudo comprobar que el brillo del

agua se debía a que aquel lugar estaba repleto de monedas de oro. Se inclinó y agarró dos monedas más, pudiendo comprobar que eran idénticas a la del pájaro negro.

Después de aquello, Filomeno siguió caminando por la isla, dejando atrás la cascada y sin ninguna moneda encima, pues había dejado lo que encontró en su sitio. Se dirigió al oeste y comenzó a ver cosas extrañas en los árboles, flechas clavadas, flechas de madera casi podridas, pues llevarían allí cientos de años, algunas tenían incluso musgo e insectos.

Estuvo observando flechas durante unos cincuenta metros cuando, de repente, en vez de flechas en los árboles comenzó a ver cofres llenos de oro, cofres abiertos, cientos de cofres, casi en cada árbol había uno, pegados a su tronco, cofres con monedas brillantes; en algunos de ellos, pájaros negros como el de la cascada estaban de pie, parecían los guardianes, pero al notar la presencia de Filomeno volaron y desaparecieron de allí.

Nunca había visto tantas monedas de oro Filomeno como aquel día, que lejos de sentirse feliz por el oro, se sentía bien por la aventura, por explorar aquella isla y por ver paisajes tan misteriosos.

Tocó varios cofres, metiendo la mano en su interior, sintiendo el tacto de aquellas monedas, pero no cogió ninguna para él, continuando su camino, buscando de nuevo la playa. Utilizando la posición del sol fue capaz de encontrar una playa, pero no era una playa como la que vio al llegar a la isla, era una playa con dos barcos abandonados, al parecer un galeón español y uno inglés. Al ver las banderas pudo imaginar esas nacionalidades, aunque las banderas estaban bastante deterioradas, como los barcos, casi tumbados en la arena de la playa, pero sin rastros humanos, ni ropa, ni zapatos, ni ruidos de personas.

Se sentó en la playa y reflexionó sobre aquella isla, pues estaba un poco confuso y tenía que pensar y hablar en voz baja:

“Monedas por todas partes, cofres abiertos, abandonados, dos barcos, uno de España y otro de Inglaterra... ¡Qué extraño es todo esto! Quizás hubo una batalla y perdieron todos, por eso aquí quedaron los tesoros, o quizás un huracán o una tempestad arrasó a las tripulaciones, o algún hechizo provocó la desgracia de los marineros, o...”.

Estuvo Filomeno diciéndose a sí mismo las posibles hipótesis de aquella isla misteriosa, mientras andaba por la arena, pisando la fina y blanca arena de la playa, cuando comenzó a ver de nuevo cofres y más cofres llenos de monedas de oro y joyas y piedras preciosas, metros y más metros de playa con tesoros, y así fue todo el camino, hasta llegar de nuevo a la zona de la isla por la que llegó, a la que le condujo el sendero de rocas desde el pueblo.

Al llegar, pudo contemplar que seguían las rocas en el agua, como si estuvieran flotando, las mismas que hacía unas horas y que, supuestamente, le llevarían de regreso a su querido pueblo.

El sol se escondía poco a poco y el horizonte se volvió naranja, así que

decidió regresar, pero antes pensó en coger una moneda de oro de recuerdo, para tenerla en su casa y mostrarla a su amigo Julián.

Se acercó a un cofre, cogió una moneda y volvió hacia la orilla dispuesto a comenzar el viaje de regreso por el sendero misterioso de piedras, y cuál fue su sorpresa que, de repente, las rocas se hundieron, desaparecieron; inexplicablemente, no había piedras, ante el asombro de Filomeno, que veía cómo sin sendero no podría volver a su casa.

Se acercó a la orilla, mojándose incluso hasta las rodillas para deslizar los pies por el fondo, en busca de las piedras del sendero, pero allí no había nada, solo arena.

Cada vez había menos luz, y la situación de Filomeno se convirtió en difícil, una aventura mágica como aquella estaba volviéndose preocupante, en una isla, sin rastro humano y sin posibilidad de regreso.

Decidió pensar en una forma para volver, incluso ideó construir una embarcación, o quedarse a dormir allí hasta el día siguiente. Así, fue pensando y pensando con la moneda en la mano, jugando con ella, pasándosela de izquierda a derecha, hasta que se le cayó a la arena; entonces, Filomeno oyó en el mar un ruido, una especie de chapoteos que le hizo acercarse a la orilla e, inexplicablemente, vio cómo las rocas del sendero habían vuelto a resurgir. De nuevo había posibilidad de regresar, y sin pensarlo, antes de que la noche avanzará hasta la oscuridad comenzó a dar saltos de roca en roca hasta el río del pueblo.

Cuando había avanzado unas cien rocas, recordó que se había dejado olvidada la moneda de oro en la arena de la playa.

—¡La moneda, la he olvidado! —exclamó contrariado desde una de las rocas.

Miró hacia atrás y al ver cómo se oscurecía todo, continuó su marcha, hasta llegar de nuevo a su pueblo.

Cuando llegó a la orilla del río, subió al puente de piedra y desde allí, respirando el aire que la brisa empujaba hacia él, abrió los brazos y gritó alegremente:

—¡Gracias, río Oeste!

Feliz, comenzó a caminar hacia las calles del pueblo y hacia su casa, con la sensación de haber vivido una aventura fantástica por un sendero misterioso hacia una isla abandonada.

Quizás en aquella aventura Filomeno no se había dado cuenta del verdadero secreto del sendero misterioso, que no era otro que regalarle una visita inolvidable a una isla preciosa, pero con la única condición y deber de ser honrado y no llevarse nada que no fuera suyo.

En la vida hay que respetar las cosas de uno mismo, pero aún mucho más respetar lo que no es verdaderamente de tu propiedad.

Así, hombre honrado, vale por dos.

5
*LA MALDICIÓN DE LAS
ESTATUAS*



Cada tarde Filomeno se dedicaba a sus estudios; siempre hacía sus deberes en su habitación, a menudo con la ventana abierta, sobre todo si el día era soleado, pues le gustaba recibir la calidez de sus rayos.

A veces volaba alguna piedrecita o algún objeto poco contundente por esa ventana, dando aviso a Filomeno de que sus amigos esperaban en la calle para jugar. Podían pasar horas allí en la calle esperándole, pero Filomeno no se iba a jugar con ellos hasta que cumpliera sus obligaciones. Era un ejemplo y sus amigos, que lo sabían, lo respetaban, y allí esperaban y esperaban.

Sin embargo, aquella tarde del mes de febrero por la ventana de Filomeno voló un pequeño objeto que impactó en el marco, cayendo al alféizar, haciéndole levantarse de la silla en la que estaba estudiando para asomarse. No eran los amigos esta vez, como de costumbre, no eran decenas de niños con pelotas, trompos y cuerdas, sino que era su mejor amigo, Julián.

—¡Filomeno, baja, corre! —le sugirió Julián sin elevar demasiado el tono de voz.

No tardó en ir al encuentro, sin mediar pregunta alguna, pues sabía Filomeno que Julián tendría algo interesante que contarle, que merecería la pena la interrupción de su tarde de estudios.

Le contó cuidadosamente el hallazgo que había hecho Julián en el sótano de su casa, donde estaban todas las plantas y especias para fabricar los jarabes de su tienda. Se trataba de una puerta escondida en el suelo, una misteriosa puerta que, por casualidad, halló Julián, pero que no se atrevía a abrir sin la ayuda de su gran amigo Filomeno, por eso acudió en su busca para pedirle ayuda en esta aventura del sótano.

Filomeno escuchó atentamente y aceptó ayudarlo, pero antes debía terminar sus deberes, y resignado esperó Julián en la calle, en la acera de enfrente.

No tardó mucho, y tan pronto finalizó Filomeno bajó al encuentro y comenzaron a andar hacia la casa de Julián, conversando sobre la aventura que se avecinaba.

—Pero, Julián, si están tus padres en la tienda, ¿cómo podremos bajar sin que nos vean? —preguntó intrigado Filomeno.

—Mis padres no están, y tardarán al menos dos horas en llegar, pero no podemos distraernos demasiado —aclaró el otro.

Al llegar, abrieron la puerta de la casa con cuidado, mirando a ambos lados de la calle, medrosos de ser sorprendidos por los padres de Julián, y así, al entrar, lo primero que hicieron fue coger dos velas para iluminar el sótano, una vela para cada uno.

A Filomeno le gustaba mucho ir a casa de Julián porque olía extraño. Allí había una mezcla de cientos de olores distintos de plantas y especias de todo el mundo: azafrán, vainilla, romero, tomillo, azahar... A veces incluso al oler soñaba despierto, porque le daba la impresión de estar en otras partes del mundo, de donde procedían aquellas fragancias.

—Vamos, Filomeno, bajemos —avisó Julián con prisa, al ver a su amigo de pie recreándose en los olores de la casa.

Temeroso y sosteniendo una vela, Julián se colocó detrás de Filomeno y se dispuso a seguirle en la exploración, y así, uno detrás del otro, con cuidado y asombro, comenzaron a bajar los doscientos cincuenta escalones que tenía aquel misterioso pasadizo.

No intercambiaron palabras los dos amigos, que tocaban las paredes de roca con los dedos de la mano que tenían libre, pues con la otra portaban las velas, haciéndose el camino más largo.

Hacia la mitad del camino, la vela de Julián se apagó, lo que hizo acercarse aún más a Filomeno, que seguía con su vela en la mano izquierda, y ágilmente alumbró el camino para los dos.

Al llegar al final del trayecto, donde se acababan los escalones, Filomeno observó que el pasadizo comunicaba con dos caminos más, una curva hacia el este y otra hacia el oeste, y ante esta duda, Julián preguntó:

—¿Por dónde vamos ahora, Filomeno?

—Por el sendero menos oscuro —respondió.

No tardaron mucho en llegar al final de esa curva que parecía no acabar nunca y allí, de repente, se encontraron con algo increíble, extraordinario, era un puerto secreto, con sacos de especias, de semillas por el suelo y otras mercancías extrañas, que desprendían olores intensos.

—Creo que estos sacos son de tu padre, Julián —añadió Filomeno, ante la mirada sorpresiva de su amigo.

—Sí, yo lo creo también —respondió el otro.

Estuvieron allí explorando aquel misterioso y hasta ese día desconocido puerto unos minutos hasta que decidieron marcharse hacia la casa de nuevo, sin demora, antes de que Teodoro, que así se llamaba el padre de Julián, los descubriera.

Al regreso, ocurrió algo extraño que causó incluso miedo en los dos amigos, que oyeron unos sonidos misteriosos procedentes del interior de la curva que no habían tomado, es decir del camino que decidieron no seguir.

—¿Has oído eso, Filomeno? —preguntó con voz entrecortada Julián.

—Sí, pero será mejor que subamos a tu casa —añadió Filomeno, algo asustado.

Tuvieron suerte de no ser sorprendidos por el padre, que a pocos segundos de llegar los dos amigos a la casa hizo acto de presencia, saludándolos de forma simpática.

—Hola, niños, pasad al salón y bebed agua, a ver si así se os quita la cara de susto que tenéis.

Fueron varios días en los cuales los dos amigos no pararon de recordar aquel sonido extraño del sendero oscuro, hasta que decidieron volver al pasadizo aprovechando que Teodoro no estaba en la tienda de jarabes.

Aquella vez llevaron otras dos velas más resistentes para el camino y se

les hicieron un poco más cortos aquellos infinitos escalones.

Al llegar a la famosa curva, los dos amigos se dieron la mano y se adentraron en el sendero, avanzando en absoluta oscuridad hasta que descubrieron una luz de antorcha al fondo, así que sin dudarlo caminaron en dirección a la luz del fuego cuando, de nuevo, apareció el eco de la voz extraña, haciendo que Julián se escondiera asustado detrás del cuerpo de Filomeno y éste comenzara a abrir la boca de asombro, quedando estupefacto por lo que estaba viendo.

Era una orilla del mar, con una barca de remos, avanzando hacia la costa, pero sin nadie dentro. La barca avanzaba, los remos se movían, y ninguna persona cogía los remos.

—¡El sonido viene de aquella barca! —exclamó Filomeno, apuntando con su mano derecha hacia la barca “fantasma”.

Julián, asustado, no quería mirar, pues los sonidos aquellos le tenían paralizado y escondido, así que al ver a Filomeno que valientemente se acercaba a la extraña embarcación en la orilla, no tuvo más remedio que abrir los ojos y seguir a su amigo.

Fueron hasta la arena de aquella pequeña playa, esperando a la embarcación que buscaba la costa con un ritmo rápido. No sabían quién movía aquellos remos, pero sin duda lo hacía a toda velocidad.

Era aún el inicio de la tarde de aquel mes de febrero y lucía un fuerte sol, el mar en calma, y aquel lugar del sendero oscuro estaba absolutamente deshabitado, no había huellas, y solo la presencia de tres cuervos acompañaba a los dos amigos que miraban la barca.

Al llegar la barca a la orilla, la quilla de la embarcación impactó en la arena, haciendo que Filomeno y Julián tuvieran que retroceder para no sufrir el impacto de la madera del bote, y fue cuando los remos dejaron de moverse.

No lo dudó Filomeno y se subió a explorar aquel bote fantasmagórico, seguido de Julián, que seguía sus pasos no por valiente, sino por todo lo contrario. Primero subió Filomeno y después el amigo, que tropezó y cayó ante la risa del otro, risa que cortó de repente al ver cómo los remos comenzaron a moverse en dirección contraria a momentos antes.

Filomeno y Julián se sentaron y, perplejos, vieron cómo la barca se adentraba otra vez en el mar, con la misma velocidad. Tan perplejos que parecían mudos ante aquella alucinante escena, navegando en un bote que movía solo los remos, por arte de magia.

La barca avanzó hacia el oeste, y a unos trescientos nudos se empezó a divisar tierra, pero no era el pueblo, que ya había quedado lejos.

Parecían incansables aquellos remos, no bajaban el ritmo, y de nuevo como hacía un rato, el bote se dirigió hasta la arena de aquella isla desconocida.

Al llegar, los dos amigos se bajaron del bote y se adentraron en la isla;

aunque dudaron de abandonar o no el bote, fue Filomeno quien, de un salto, cayó primero a la playa y comenzó a andar.

Los sonidos misteriosos no dejaron de sonar ni un solo segundo, incluso allí, en la nueva isla, se seguían oyendo, pero los amigos empezaban a acostumbrarse y dejaron de asustarse por aquello.

La barca quedó inmóvil, los remos parecían descansar y varias gaviotas se posaron en los mangos de los mismos. Mientras, Filomeno y Julián caminaron y caminaron con tenebrosa melodía de voces humanas de fondo, voces humanas que parecían quejarse de algo.

Subieron por un camino de tierra y comenzaron a ver que no había ni un solo árbol, todo estaba seco, absolutamente árido, y el viento era quien dominaba el paisaje, que se deslizaba por el suelo sin obstáculo alguno.

—Mira, Filomeno, son estatuas —exclamó Julián.

Hacia allí se dirigieron y, efectivamente, había ocho estatuas de piedra, en el precipicio de un acantilado, estatuas grandes, del doble de altura que los dos amigos y con inscripciones talladas.

Aquello era cada vez más extraño. Una isla desierta, sin árboles, sin plantas, una barca que navega sola y ocho estatuas gigantes que parecían mirar al océano.

Se sentaron allí, en silencio, sin saber qué hacían en ese lugar y sin comprender qué significaban las estatuas y las inscripciones.

Soplaba el viento, pero no hacía frío, era una tarde casi primaveral y Filomeno se sintió cada vez más asombrado por todo aquello, tanto, que comenzó a tocar las estatuas, a inspeccionarlas, intentando sacar alguna conclusión de tan enigmático lugar.

Julián siguió sentado, mirando al mar sin darse cuenta de que su amigo estaba investigando las estatuas.

Descubrió algo asombroso, una de las ocho tenía un collar, un collar con una piedra preciosa de color violeta, pero no alcanzaba a tocarlo, solo podía verlo, pues estaba demasiado alto. No tuvo más remedio que escalar por la parte de atrás de las estatuas hasta introducir un pie entre dos de ellas, para hacer impulso y ascender.

Julián parecía cansado y sin energía siquiera para mirar los movimientos de su amigo, aunque éste así lo prefería, pues estaba concentrado en alcanzar el colgante de la piedra violeta.

Solo quería tocarla, le llamó la atención la fuerza del brillo de esa piedra a Filomeno, y ya estaba a punto de lograrlo cuando un cuervo se acercó y picoteó la piedra, obligándole a asustar al cuervo de un manotazo.

Desde una posición acrobática, pudo alcanzar a tocar la piedra y la agarró con su mano derecha sintiendo algo extraño, como una energía fuerte que portaba la piedra violeta.

Casi perdió el equilibrio, así que tuvo que bajar de allí, pues además nuestro amigo había conseguido lo que buscaba, que no era otra cosa que

sentir la fuerza del brillo de aquella piedra tan bonita en su mano.

Pero cuando pisó de nuevo el suelo, una vez descendido de la estatua, ocurrió algo increíble, toda la isla volvió a recuperar la vegetación; inmensas palmeras y árboles inundaban todo, cientos de aves volaban por encima de la playa, delfines saltaban en el mar, y el sonido misterioso dejó de sonar.

—¿Qué ha pasado, Filomeno? —preguntó en voz alta y emocionado Julián.

—No lo sé, Julián, yo solo toqué el collar, nada más —respondió también emocionado Filomeno.

Unas voces se oyeron desde la playa, obligando a los dos amigos a asomarse al acantilado y viendo cómo eran cuatro hombres desde el interior de la barca que gritaban:

—¡Es hora de regresar, vamos, niños!

Los dos amigos se miraron, sonrieron y corrieron hacia allí, hacia el bote fantasma. A toda prisa llegaron a la playa y subieron a la barca, que curiosamente navegaba con la misma precisión y velocidad que cuando estaba sin nadie sujetando los remos.

Durante el trayecto de regreso, aquellos hombres explicaron a los amigos todo lo sucedido y les dieron las gracias por haber salvado a la isla de la “Maldición del Egoísmo”, que así se llamaba ese hechizo que tenía aquel lugar prisionero del tiempo.

Según les contaron a los zagales, la isla sufrió una maldición debido al egoísmo de sus habitantes, que se dedicaron a talar árboles para hacer carbón, palmeras para vender el aceite, recolectar piedras preciosas para vendérselas a los mercaderes, y así, poco a poco, se fue empobreciendo la isla y enriqueciendo muchos de sus habitantes, hasta que tuvieron que marchar de allí todos los habitantes pues habían agotado los recursos de tan bonito lugar. Los últimos que quedaron hicieron las estatuas de piedra, como ofrenda al “Dios Sol” y colgaron el collar violeta con la última piedra preciosa que había quedado. Pasaron tres días completos rezando desde el acantilado ante las estatuas, en cada puesta de sol, pero fue inútil. Aquellas fueron las últimas cuatro personas que pisaron la isla.

Los dos amigos estaban entusiasmados escuchando aquella increíble historia de la que, casi sin saberlo, ya eran parte. Recibieron las gracias y les ofrecieron dos de sus propios collares, con los que regresaron por el sendero oscuro de aquella aventura que no olvidarán jamás.

Desde aquella tarde, la isla rompió la maldición y cuenta la leyenda que solo la rompería la primera persona generosa que tocara el collar de la estatua.

Cientos de personas durante doscientos años llegaron a aquel lugar, pero muchos de ellos, al ver la isla desierta sin nada que ofrecer, se marchaban, y otros muchos al ver el collar, intentaron robarlo, sin éxito.

Así, nuestro gran amigo Filomeno solo sintió admiración y asombro por

su belleza, por eso quiso tocarlo con su mano, pero nunca sintió el egoísmo de robarlo.

De esta forma se rompió la maldición, haciendo un gesto contrario al egoísmo, siendo generoso y respetuoso.

La avaricia y el egoísmo humano pueden hacer que lo perdamos todo. Así podemos aplicar el refrán: “pan para hoy y hambre para mañana”. Siendo egoístas solo conseguiremos soledad.

6
*FRAY SANDALIO Y EL REY
SERAPIO*



Érase una vez un monje conocido como fray Sandalio que vivía en un monasterio con cincuenta y tres monjes más a las afueras de un pueblecito muy bonito de un país muy lejano.

Cada mañana, iba al pueblo a por un saco de trigo para fabricar su propio pan, regaba la huerta junto con algunos compañeros más y limpiaba el monasterio. Eran todos muy trabajadores y amigos.

Aquel monasterio tenía fama porque sus monjes eran muy cultos, escribían libros para niños que después regalaban en las plazas de los pueblos, y daban de comer a las personas pobres a cambio de trabajo en el huerto.

En cualquier rincón del país conocían o habían oído hablar de fray Sandalio, que era el monje que dirigía el monasterio. Era popular porque siempre ayudaba a la gente, intentaba colaborar con cualquier persona y soñaba con un mundo feliz y alegre, por ello daba clases en el monasterio a los niños por las tardes y les enseñaba a leer, escribir, sumar, restar, cómo ser buenas personas, cómo trabajar en el huerto y cómo conocer la naturaleza.

Fray Sandalio no quería que la gente de los pueblos fuera analfabeta, no permitía que no supieran leer o escribir, por eso todo su afán era convertir a la gente pobre en personas respetadas y cultas.

En el monasterio había una biblioteca muy bonita con miles de libros, donde se podía jugar al ajedrez, leer, escribir y mirar mapas antiguos que se conservaban allí.

El monasterio tenía, además de la mencionada biblioteca, un huerto grandísimo en la parte de atrás con un pozo en el centro y un jardín lleno de rosas de colores, naranjos, limoneros y cipreses.

En el interior había una cocina, una bodega, una gran sala donde comían y un inmenso salón con una chimenea donde pasaban gran parte del tiempo, sobre todo en otoño e invierno, al calor del fuego, mientras comentaban cosas, leían o jugaban al ajedrez.

En la planta de arriba tenían las habitaciones de los frailes con balcones orientados al este, para que cada mañana recibieran los rayos del sol mientras rezaban o meditaban para comenzar cada jornada, aunque según la época, algunos monjes se levantaban antes del amanecer para comenzar las variadas tareas del gran monasterio.

Sin embargo, era el campanario y el sótano los lugares más increíbles del edificio; el primero, por ser alto y permitir unas magníficas vistas hacia el horizonte, además de servir de casa a una simpática cigüeña; y el segundo, por ser un lugar oculto y no permitido por el rey, pues se trataba de un sótano donde se traducían cientos de libros de idiomas de países de todo el mundo. Eran unos frailes tan cultos que sabían toda clase de idiomas, y utilizaban su cultura para traducir libros y así poder ofrecer a todos la sabiduría de todas las culturas.

Fray Sandalio tuvo la idea de construir el sótano de las traducciones, pues él tenía la opinión y la certeza de que todos los seres humanos tenían el mismo derecho a leer todos los libros y que la cultura y el saber deben ser libres y gratis.

Pero fue este sótano de traducciones lo que causó más problemas al monasterio, pues el rey de aquel país lejano era un monarca gruñón y envidioso que no quería que los monjes tradujeran libros; él quería tener la biblioteca más grande, el mejor libro, y tenerlos para él.

El rey, que se llamaba Serapio, mandaba cartas cada mes amenazando a fray Sandalio. Así solía recordarle y advertirle que estaba prohibido dar clases a los niños pobres y dar de comer a la gente sin dinero y, por supuesto, jugar al ajedrez, juego que detestaba.

Pero un día llegó un mensajero del rey a las puertas del monasterio con un mensaje para fray Sandalio; le entregó el escrito en un papiro real al fraile que vigilaba la puerta y éste se lo entregó a él.

Se sentó en una silla que había en el huerto y lo leyó atentamente. Normalmente, cuando terminaba de leer las cartas del rey solía llevarlas a la biblioteca y con ellas fabricar marcapáginas para los libros, una idea muy recurrente que necesitaba de pinturas tan bonitas que dejaban asombrados a los lectores que acudían a la biblioteca a leer cada tarde.

Sin embargo, aquella carta no fue a parar a los interiores de los libros, esta carta amenazaba seriamente al monasterio, pues daba cuenta de que el rey se había enterado de que allí había un sótano donde traducían libros. El mensaje de la carta finalizaba con la advertencia de que si no paraba la actividad de traducciones incendiaría el monasterio y encarcelarían a todos y cada uno de los monjes.

—¿Quién habrá sido el espía que ha informado al rey? —se preguntó en voz baja fray Sandalio.

Guardó la carta en su habitación y tuvo la ocurrencia de escribirle una respuesta para intentar apaciguar al amenazante monarca.

Le envió un escrito en el que invitaba al rey y a toda su familia a pasar un día en el monasterio y comprobar cómo allí solo se hacía el bien, y que aquel monasterio era un sitio maravilloso, donde además le enseñaría personalmente a jugar al ajedrez.

Mandó a un fraile a caballo hacia el palacio y entregó el escrito.

Aquella propuesta de invitación no fue contestada nunca, pero por lo que ocurrió días más tarde parece ser que no hizo ninguna gracia al rey, que se enfureció al leerla y al ser invitado a jugar a un juego extranjero.

—¡Qué se ha creído el fraile estúpido éste! —gritaba el rey al leer la carta de fray Sandalio, en el salón de audiencias del palacio.

Tras aquel grito entró en la sala su esposa, la reina Matilda, y al ver a su esposo tan furioso intentó calmarlo.

—¿Pero qué te ocurre, Serapio? —le preguntó dulcemente al rey.

—¡Grggrgrg! ¡Odio a ese fraile idiota! ¡Acabaré con él! ¡Soy el rey, así que acabaré con él! —exclamó violentamente ante la atenta mirada de la reina.

—Pero... ¿no te das cuenta de que es un buen hombre que ayuda a la gente? Deberías sentirte orgulloso de ser su rey.

—¡No, nunca! ¡Orgullosa, nunca! —respondió entre lágrimas.

—¿Pero por qué lloras? Un rey no llora —añadió la esposa.

—Es más famoso que yo, todos le admiran, en todos los pueblos del reino hablan de él, ese estúpido monje es más querido y famoso que yo —aclaró.

La reina intentó calmarlo y convencerlo de que fray Sandalio era buena persona, pero no lo consiguió y esa misma noche, tras la gran cena que de costumbre tenía lugar en el palacio, el rey fue personalmente con su caballo al monasterio a detenerlo y encerrarlo en el calabazo.

Al llegar a las puertas del monasterio, suavizó la marcha de su caballo y a unos metros de la puerta se sintió mal y se desmayó, cayendo al suelo.

En ese momento, un fraile escuchó a su caballo relinchar y al asomarse por la saetera de la torre campanario vio al rey caído en el suelo.

Hacia allí acudieron cuatro frailes, que al ver que era el rey avisaron a fray Sandalio, que dormía en su habitación plácidamente.

Al rey lo acostaron en la habitación de fray Sandalio y estuvieron atentos a él durante toda la noche, intentando recuperarlo.

—Creo que es una indisposición; ha debido cenar mucho y el frío de la noche le ha indispuerto —comentaba un fraile médico ante la atenta escucha de fray Sandalio y ocho monjes más.

Usaron un ungüento especial judío para estos casos y le dejaron dormido como un bebé en aquella habitación, hasta que al amanecer despertó, algo confuso, haciendo preguntas.

Aquella mañana fue muy especial, pues el rey, al ver que los frailes le habían salvado la vida, no dudó en agradecerles el trato firmando un acuerdo por el que nombraba a aquel monasterio como colaborador del palacio y designando a fray Sandalio como preceptor del príncipe Rigoberto, el cual acudiría al monasterio cada tarde a recibir clases.

El rey, al verse cerca de la muerte, cambió de opinión sobre el monasterio y sus frailes, convirtiendo la envidia en agradecimiento y admiración.

Años más tarde, el país del rey Serapio se había convertido en el más culto de todos, donde todos los habitantes sabían leer, escribir y eran eruditos en ciencias.

Y así fue como la envidia se transformó en admiración, porque a veces el ser humano necesita encontrarse en problemas de verdad para cambiar de actitud.

—¡Filomeno, Filomeno, hijo! La cena está preparada, ¡vamos, hijo, deja

de leer! —exclamó desde la escalera del sótano la madre.

Despertó así de aquel sueño en forma de libro que había tenido Filomeno, que leyendo toda la tarde quedó entusiasmado por la historia de *Fray Sandalio y el rey Serapio*.

—Qué bonita historia —susurraba mientras caminaba hacia la cocina.

Aquel libro sirvió a Filomeno para aprender que no hay que juzgar a la gente sin conocerla. Y así ocurrió un año más tarde cuando al puerto llegó un barco desde China, cargado de cañas de bambú. Filomeno estaba en su piedra mirando al horizonte y vio cómo un hombre adulto, un poco jorobado y con aspecto sucio y maloliente bajaba del aquel barco y se dirigía hacia donde él se encontraba.

Filomeno no se inmutó y siguió observando el mar, en aquella tarde de primavera tan bonita y apacible.

—Hola, pequeño, ¿dónde puedo comer y beber algo? Estoy hambriento y muero de sed —dijo el señor jorobado a Filomeno.

—Hola, señor, me llamo Filomeno, y si lo que quiere es beber y comer, puede ir en aquella dirección, y pregunte por la calle del Trigo, allí le venderán lo que necesita.

—Gracias, Filemón —respondió el señor jorobado.

Entre risas casi silenciosas (por la confusión de aquel señor al pronunciar su nombre) siguió Filomeno contemplando el mar, mientras el otro caminaba puerto arriba hacia el pueblo.

Al llegar al pueblo, un grupo de niños comenzaron a reírse del señor jorobado, que tenía remiendos por todas partes y un dedo de los pies asomaba al aire. Pero éste no les hizo caso, acostumbrado a que se rieran de él por su aspecto, siguió andando hacia la calle que Filomeno le había dicho.

Entró en una tienda de frutas y al verlo le invitaron a salir, no vendiéndole nada, de forma que cuando quiso entrar en las demás tiendas el señor de la tienda le esperaba en la puerta indicándole que estaba cerrando.

Sin fortuna y con cada vez más hambre llegó a la Plaza de los Marineros, donde al menos pudo beber agua de la fuente, y cuando estaba sentado allí, escuchando el sonido de su estómago, llegó Filomeno desde la calle del fondo gritando:

—¡Señor, señor, soy yo, Filomeno!

El señor jorobado lo recordaba y respondió:

—¡Ah sí, eres tú, Filemón!

—No, Filemón no, Filomeno —aclaró el joven—. ¿Sigues teniendo hambre?

—Claro, joven, todos me rechazaron, sigo hambriento —contestó el señor.

—Pues tome, le he traído un bocadillo de mortadela —le ofreció generosamente.

—Muchas gracias, joven, eres la primera buena persona que encontré en

este lugar, Dios te bendiga —le agradeció mientras se acercaba furiosamente el bocadillo a la boca.

Nuestro amigo Filomeno volvió a dar una lección de empatía y humanidad aquel día, y de nuevo nos mostró que las personas estamos para ayudarnos los unos a los otros.

El joven jorobado regresó al barco chino tan pronto acabó con el bocadillo y Filomeno decidió acompañarle dando un paseo hacia el puerto.

Durante el paseo, algunos niños miraban de forma extraña a Filomeno, y al ver al señor sucio y jorobado se apartaban del camino. Mientras, Filomeno, que observaba cómo la gente miraba de forma desagradable, continuó el paseo haciendo preguntas al señor, averiguando su nombre, que no era otro que Celedonio.

—¡Adiós, Celedonio, adiós! —se despedía con esas palabras Filomeno, desde la roca.

El barco navegó y navegó hacia el este y así, al cabo de un año, regresó una mañana la misma embarcación, pero esta vez no habían cañas de bambú, esta vez el barco estaba cargado de oro; montañas de oro resplandecían con el brillo de los rayos de sol de aquella primavera mañana.

Desde el puerto, repleto de gente, pues estaba inaugurando el alcalde junto a los vecinos la siembra de cinco nuevas palmeras, comenzaron a mirar el barco, que llamaba la atención por el brillo del oro.

Al llegar al puerto, la expectación era máxima, tanta que Ramiro el Agonías (mercader del pueblo) se puso en primera línea para recibir a tan importante barco con tan valiosa mercancía.

Bajó desde la embarcación Celedonio, esta vez con mejores atuendos, y aunque seguía jorobado, su aspecto era mucho mejor que el de hacía un año, y se dirigió hacia Filomeno, que estaba sentado en la roca. Celedonio llevaba en la mano una talega roja llena de monedas de oro, y mientras caminaba hacia su amigo, numerosos vecinos se dirigían a él:

—Bienvenido, señor, es un placer que su tripulación atraque en nuestro puerto.

Pero Celedonio no respondía, parecía sordo ante los comentarios halagadores de los vecinos.

—Está usted invitado a la taberna, le esperamos en el almuerzo —le comentaba el señor regente de la taberna de Los cuatro vientos.

—¡Oohh! —exclamaban asombrados un grupo de niños que vieron como Celedonio se sacaba una moneda de oro de su interior mostrándola a Filomeno.

—Celedonio, me alegro de verlo.

—Hola, Filemón, tengo prisa, pero no podía pasar por aquí sin darte este regalo de agradecimiento.

Abrió Celedonio la talega roja y vació las monedas de oro en el suelo, a los pies de Filomeno, cuando se volvió a escuchar:

—¡Oohh! —exclamaron con asombro la totalidad de los vecinos allí presentes al ver tantas monedas de oro.

Tras una pequeña charla, se despidieron los dos amigos y Filomeno le deseó buen viaje, así que recogió las monedas del suelo, las introdujo en la talega roja y, feliz, caminó hacia su casa para mostrarle aquel regalo tan especial a su madre, recordando por el camino una famosa frase: “Ningún hombre es más que otro si no hace más que otro”.

Nuevamente, nuestro fiel amigo dio una lección de humanidad, esta vez demostró que a las personas no se les trata por lo que tengan, sino por lo que a la postre son, personas.

El libro de fray Sandalio y el rey Serapio había enseñado a Filomeno que...

Antes de opinar sobre alguien conócela.

Y Filomeno enseñó a sus vecinos que...

No debemos tratar a las personas por lo que sean o tengan. Ante todo, todos somos personas.

7
EL HECHIZO DEL FRESNO



Un buen día Filomeno decidió dar un paseo por los senderos de las montañas, las cuales guardan infinidad de caminos y rincones mágicos que fascinan a nuestro amigo, pues se siente bien en la naturaleza, es más feliz allí que en otro sitio, siempre en contacto con árboles, agua y piedras.

Aunque parezca que ha estado en todos los sitios, existen lugares que desconoce, pues es un niño muy aventurero, pero aún joven, y no ha tenido tiempo para explorar todos los senderos, y siendo ese un reto en su cabeza, no deja de asombrarse por lugares nuevos.

Aquel día de verano fue con su amigo Julián y cantimplora en mano a explorar nuevas rutas cuando vieron un cartel de madera en el que se leía: “Sendero del Fresno”.

—¡Mira, Filomeno!, sigamos este camino, habrá fresnos, ¡vamos!
—exclamó Julián, entusiasmado.

—Vale, busquemos los fresnos —respondió.

Estuvieron caminando más de tres horas y no vieron ningún árbol que se le pareciera al fresno, aunque podrían haberse despistado y no verlo, cosa improbable en Julián, que conoce todas las especies arbóreas de la zona, pues devora libros de naturaleza.

Así que Filomeno, extrañado, no paró de darle vueltas al misterio del Sendero del Fresno durante toda la noche, que no le dejaba conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, Filomeno fue a buscar a su gran amigo Julián y juntos buscaron al maestro, Don Gregorio, que en vacaciones suele pasear por el pueblo cada mañana.

Ambos amigos estaban intrigados por resolver sus dudas y sin cesar rastrearon las calles hasta que en el puente del río Este encontraron al maestro.

—¡Maestro, maestro! —exclamaron los dos amigos al unísono mientras corrían al encuentro con Don Gregorio que, extrañado, los observaba.

—A ver, chicos... ¿qué os pasa? —preguntó con voz pausada.

—Maestro, tenemos una pregunta importante —añadió Filomeno.

—¡Sí, muy importante! Es un enigma —aclaró Julián.

—Un enigma, una pregunta... Siempre estáis explorando, sois incansables —les comentó el maestro.

—Ayer estuvimos en las montañas, por los senderos, y leímos un cartel que anunciaba un sendero de un fresno.

—Bueno... ¿y dónde está el enigma, se puede saber? —preguntó irónicamente.

—Pues... que no vimos ni un solo fresno —respondió Julián.

—¿Estáis seguros? —volvió a preguntar.

—Segurísimos, no hay ni un solo fresno —contestó esta vez Filomeno.

—Debe ser algún misterio, ya sabemos que hay muchos misterios en el pueblo —insistió Julián.

—Seguramente se os haya pasado entre tantos árboles —comentó el maestro.

—No hay ni un solo fresno —volvió a decir Filomeno.

—¿Puedes explicarnos este misterio, maestro? —preguntó Julián.

Tras varios segundos pensando y mirando hacia el río, Don Gregorio comenzó a contarles una historia, la verdadera historia del Sendero del Fresno, ante la atenta escucha de los dos amigos...

Cuenta la leyenda que hace muchos años, tantos años que yo ni siquiera había nacido, había en la llanura donde se inician los senderos un árbol gigante, un fresno precioso en el que los niños jugaban y los vecinos del pueblo acudían cada tarde a pasear y contemplar su belleza.

Era aquel fresno el orgullo del pueblo, un árbol sano, que daba una sombra imponente, que todos mimaban y cuidaban.

—¿Y dónde está ese fresno, maestro? —interrumpió la narración Filomeno.

—Eso, ¿dónde está? —añadió Julián.

—Dejadme seguir contando la historia, no interrumpáis —les advirtió a ambos.

...pero un buen día, al parecer, un vecino llamado Zacarías, familiar lejano de Ramiro, el mercader del pueblo al que vosotros y yo conocemos, tuvo la maléfica idea de talarlo y con su madera hacer mangos de hachas para después venderlas en un país a un precio muy caro, pues la madera del fresno era muy codiciada en otros lugares.

Nadie imaginaba las intenciones de Zacarías pues... ¿quién iba a pensar en tal escandalosa idea? Unos días antes de la tragedia, llegó al puerto trasero del pueblo un barco extraño, sin bandera y muy sucio, y con él un señor que se hacía llamar Rómulo. Llegaron los vecinos a conocer su nombre pues solía ir a beber vino a la taberna, con su sombrero gris y camisa de cuadros. Él decía ser pescador de gambas, pero realmente era leñador, y estuvo allí de paso un par de días, quedándose a dormir en la posada del pueblo.

Al segundo día de estar Rómulo en el pueblo, una noche calurosa de aquel verano se reunieron los dos en la llanura del fresno y el leñador hacha en mano, comenzó a talar el precioso fresno con una habilidad pasmosa mientras Zacarías estaba preparado con unas resistentes cuerdas para transportarlo hacia el barco.

En pocos minutos, toda una próspera vida de cientos de años quedó truncada; lastimosamente, aquellos seres humanos habían hecho ya un daño irreparable, aunque ellos solo pensaban en el dinero que ganarían vendiendo mangos de hachas.

Al día siguiente, cuando los vecinos fueron como cada tarde de verano a jugar al fresno pudieron contemplar cómo el fresno había desaparecido, quedando algunos restos de ramas y la base del tronco apenas visible.

Llantos y más llantos acaecieron de todos los vecinos que fueron acudiendo al lugar, niños y ancianos no daban crédito y el párroco incluso concedió una misa en su honor.

Todos sospecharon de Zacarías, pues se había ido del pueblo, pero de nada servía la justicia ya, pues el querido fresno no estaba allí dando ese amor a todos, ni la sombra ni el frescor en verano.

Los dos granujas navegaron y navegaron hacia el norte, y fueron preparando todos los mangos de hachas para venderlos y hacerse millonarios. Cuando llegaron al puerto a vender todos los mangos de hachas, el señor comprador, que era un tipo viejo y listo, quiso probar la resistencia de los mangos de fresno con un hacha, así se dispuso a cortar un trozo de madera, ante las miradas de Zacarías y Rómulo, que se frotaban las manos del negocio que estaban a punto de terminar.

Cuando el señor comprador intentó cortar con el hacha el trozo de madera ocurrió algo sorprendente, el hacha se frenaba sola y no servía para cortar nada.

—Qué extraño, hay algo que frena mi brazo —dijo pensativo el señor.

—Venga, déjese de bromas —añadió Zacarías.

—A ver, tipo listo, compruébelo usted mismo —respondió con tono serio el comprador.

Esta vez fue el vecino del pueblo quien intentó cortar el trozo de madera y le ocurrió lo mismo, cuando el hacha se acercaba a impactar se frenaba, extrañamente se frenaba sola.

—¡No puede ser!, ¡qué broma es ésta! ¡Maldito viejo! —exclamó Rómulo enfadado y quitándole el hacha de la mano a Zacarías.

Enfurecido, el leñador intentó por tercera vez cortar aquel trozo de madera y volvió a ocurrir lo mismo que en las dos anteriores ocasiones.

Quedaron los tres mirando el hacha y decidieron probar otro mango distinto.

Así probaron cinco mangos distintos de madera de fresno, y con todos fue imposible cortar ni un centímetro de madera.

Ya exhaustos todos, al viejo comprador se le ocurrió la idea de ponerle un mango antiguo de encina que tenía por allí tirado, y ante la mirada perpleja de Zacarías y Rómulo golpeó al trozo de madera y lo cortó sin problemas, un golpe seco y perfecto, que hizo ponerse nerviosos a los dos granujas.

— ¡Es vuestra madera, que está hechizada! —exclamó el comprador.

—Cállese, viejo mentiroso —le respondió Rómulo.

—Pueden irse en su barco sucio, no compraré vuestra madera de fresno, nadie la comprará, está embrujada —concluyó el anciano.

Y así fue como los dos amigos se arruinaron y jamás pudieron vender nada más, pues en todas partes conocían que vendían cosas hechizadas.

Fue conocido como el “Hechizo del Fresno”, que dio una lección a dos seres humanos ambiciosos y avariciosos.

— ¿Comprendéis ahora el misterio? —preguntó el maestro a los dos amigos que estaban escuchando concentrados.

—Sí, maestro, gracias —respondió Julián.

—Claro, y en su honor está el cartel del sendero, para recordarlo siempre —concluyó Filomeno, entusiasmado.

Un poco tristes se fueron a casa los amigos, pero también contentos por conocer un poco más de la historia de su querido pueblo.

Filomeno estaba contrariado y cabizbajo, pues no entendía al ser humano, siempre intentando fastidiar y siempre buscando dinero y más dinero.

Con esa sensación se durmió nuestro amigo aquella noche, con el recuerdo de cómo sería aquel fresno. A la mañana siguiente propuso a su padre (Amadeo) sembrar un fresno en el mismo lugar y así algún día poder disfrutar de su sombra y energía, a lo que su padre le contestó:

—Hijo, desde que pasó aquello, todos esperamos que crezca un nuevo fresno, sabemos que ese árbol fue mágico, capaz de hacer hechizos, por eso aún esperamos que vuelva, y como no queremos que se enfade, en su lugar no hemos sembrado nunca nada —respondió el padre.

Y así, desde aquel día en que el maestro les contó la verdadera historia del fresno, aquel lugar es uno de los preferidos de Filomeno, donde a menudo se sienta a imaginar cómo podría haber sido tan bonito árbol.

No se debe llegar a la meta por cualquier camino.

Si el camino no es honesto y limpio, no merece la pena el premio.

8

EL TESORO DE LA AMISTAD



Llevaba Filomeno varios días buscando al ciprés mágico, pues como ya sabéis todos, cuando él se siente muy feliz y tranquilo, de forma misteriosa aparece en alguna zona del pueblo. Y así anduvo buscándolo, pero no lo encontraba.

Le resultaba extraño que sintiéndose tan feliz y tranquilo como estaba aquellos días no apareciera, y lo peor de todo era que no podía contar con la ayuda de nadie, puesto que solo Filomeno conocía el misterio del ciprés.

Fueron tres días de búsqueda, aprovechando las apacibles tardes otoñales que estaban haciendo a Filomeno dar largos paseos para mirar atentamente cualquier sitio donde pudiera aparecer el dichoso ciprés.

Así, a veces se sentaba un poco contrariado a descansar, con la mente perdida y el ánimo casi agotado.

Entonces ocurrió algo inesperado. Una mañana al levantarse y asomarse por la ventana, como de costumbre a saludar al nuevo día, pudo escuchar un montón de voces procedentes de la calle de al lado.

Rápidamente, bajó a curiosear lo que allí ocurría desde tan temprano, y fue cuando vio que los vecinos formaban un círculo que rodeaba al ciprés, al mágico ciprés de Filomeno.

Al verlo, lo primero que hizo fue asegurarse que tenía el agujero, y al comprobar que en su tronco tenía el misterioso hueco se limitó a escuchar a los allí presentes y saber qué tramaban.

— ¡Es una maldición!, ¡este árbol lo ha mandado el demonio! —exclamó una señora temerosa.

— ¡Sí, quemémoslo! —sugirió otro.

—Traigan un hacha, yo lo talaré —añadió un señor.

Filomeno comenzó a sentirse nervioso y se puso triste al pensar en las intenciones que tenían los vecinos, y justo en ese momento el ciprés desapareció ante el asombro de unos y el pánico de otros, que corrían a sus casas al ver la desaparición mágica de aquel árbol.

Filomeno volvió a su casa y ya más tranquilo decidió ir a leer al sótano, necesitaba sumergirse en algún libro que devolviese la paz a aquel día e intentar olvidar la casi muerte del querido ciprés.

Al día siguiente, tocaba ir al colegio, pues era lunes, y en el patio volvió a ocurrir algo increíble, el árbol apareció allí de repente, pero esta vez los niños lo tocaban, lo acariciaban, lo exploraban, incluso curioseaban el agujero, pero todos veían lo mismo, oscuridad.

Filomeno se sintió aliviado, pues los niños y niñas demostraron amor al árbol, al contrario que los adultos, que mostraron odio, ira y violencia.

Se sentó en un escalón del patio y observó cómo los compañeros jugaban a su alrededor y comenzó a comprender cómo el ser humano, cuando siente miedo, se vuelve cruel y violento.

¿Qué daño hace el arbolito? ¿De qué tienen miedo?, se preguntaba Filomeno en voz baja una y otra vez.

Decidió acercarse y mirar por el agujero y pudo contemplar algo maravilloso, cada vez que otro niño ojeaba terminaba diciendo:

— ¡Qué oscuro, no se ve nada!

Sin embargo, cuando nuestro amigo acercó sus ojos al hueco, lejos de ver oscuridad veía todo lo contrario, veía un paisaje lleno de cipreses, y edificios con columnas muy bonitas, con gente en la calle, era una ciudad, parecía una importante ciudad, con muchas fuentes, personas vestidas de blanco y edificios gigantes de piedra.

Sacó la cabeza del agujero y fue a la fuente a echarse agua. Estaba impresionado por aquel paisaje, aquel lugar tan fascinante, y necesitaba refrescar un poco las ideas con agua fresca.

Filomeno sabía que no podía lanzarse por el hueco para explorar aquel maravilloso sitio, pues estaba en el colegio y todos le verían, así que volvió a clase y pasó la jornada escolar como pudo, sin dejar de pensar en aquella ciudad.

Allí en el colegio permaneció el ciprés varios días más hasta que de nuevo desapareció ante el asombro de los zagales, que exclamaron:

— ¡Ooohhh! ¡Es un árbol mágico!

Nadie se explicaba cómo había desaparecido, nadie salvo Filomeno, que sí lo sabía, pues estaba triste por no poder viajar a través del árbol, y con esa tristeza, el ciprés no era capaz de sobrevivir, pues si su hechicero se sentía triste, desaparecía.

Aquel árbol tenía sentimientos, era un ser vivo que sentía, un ser que necesitaba amor, y que se alimentaba de los buenos pensamientos, por eso eligió a Filomeno como su hechicero.

Parecía que el ciprés estaba intentando acercarse a nuestro fiel amigo, primero apareció cerca de su casa, y ahora en el colegio, así que Filomeno decidió irse una tarde al bosque a su encuentro, pues estaba convencido de que de nuevo lo vería, ya que en el bosque se sentía feliz, observando árboles, hierbas y animalitos felices, hormigas haciendo su trabajo y pájaros volando de rama en rama. Allí siempre encontraba una tranquilidad especial, curiosamente sin personas alrededor, sin voces humanas, se daba cuenta de que la naturaleza es lo más hermoso que podemos mirar. Y así fue, una hora después de que Filomeno llegara al bosque, en medio de aquel lugar tan bonito apareció el querido ciprés, y rápidamente fue al encuentro, abrazándolo y dedicándole unas palabras:

— ¡Amigo ciprés, por fin! Tranquilo, aquí estarás bien, no hay personas mayores, nadie nos ve. Pensé que nunca te volvería a ver, eres un buen amigo y nunca te abandonaré.

Filomeno, ligeramente emocionado, siguió abrazado al árbol. Fue sin duda un hermoso abrazo de dos buenos amigos que parecían necesitar los dos, tanto él como el árbol.

Cuando dejó de abrazarlo, se dispuso a buscar con la yema de sus dedos el

hueco para mirar de nuevo, pero ya no estaba, el agujero ya no estaba. El tronco era firme, sin espacios, inexplicablemente dejó de ser un ciprés con un misterio, y volvió a ser un árbol más del bosque, uno de tantos.

Filomeno se puso triste al ver que ya no podría viajar a través del ciprés, pero optó por irse a casa, aceptando la decisión de su amigo, entendiendo que ya nunca podría explorar por su agujero, ni viajar con él, pero que tampoco tendría que sufrir los insultos y las amenazas de las personas adultas que lo trataban como si fuera un monstruo.

Aquella noche Filomeno durmió feliz, recordando aquel abrazo como el más bonito de todos, se sintió contento y en paz por su amigo ciprés, que viviría en el bosque una vida tranquila, y aunque no sería ya el hechicero del ciprés, siempre será su amigo y lo querrá.

Así, cada tarde que podía Filomeno iba al bosque a visitar a su amigo el árbol, se sentaba cerca, a veces le hablaba, a veces simplemente escuchaban juntos el silencio del lugar y de esa forma siguieron siendo amigos.

Lo que le ocurrió al bonito ciprés fue algo muy especial, había elegido a Filomeno como su hechicero. Él lo hechizaba con los sentimientos, con la alegría, con la tristeza, con la paz.

Fueron buenos amigos porque se respetaron, se ayudaron y se escucharon. Gracias al ciprés, Filomeno comprendió mucho mejor que realmente la amistad se siente, no se tiene.

Esto fue lo que más feliz hizo a Filomeno, que desde aquel día se sentía mejor persona sabiendo que era capaz de ser amigo de un árbol y quererlo.

La verdadera amistad es aceptar a los seres que queremos verdaderamente tal y como son.

“No es amistad la que siempre pide y nunca da” y nunca olvides que “quien tiene un amigo tiene un tesoro”.

EPÍLOGO

Filomeno encarna la ingenuidad e imaginación de un joven de diez años, los valores humanos en estado puro y la separación de toda contaminación moral.

A veces apartamos con demasiada facilidad la opinión de los más pequeños, asumiendo que las personas mayores somos seres superiores.

Pero la historia de la humanidad ha demostrado que un poco más de sentido común y empatía habrían hecho de este planeta un mundo mejor.

A través de sus fábulas hemos podido conocer mejor la forma de pensar y sentir de nuestro fiel amigo, al mismo tiempo que hemos aprendido infinidad de valores que nos ayudarán a ser mejores.

Tras sumergirnos en sus historias y en su pueblo, comprenderemos mejor lo que siente un pájaro en el aire, una rana en su charca, un pez en el agua, o un árbol en la tierra. Sin duda, ha sido un bonito viaje.

